

EL DÍA DEL ROSTRO

DE STEVE DANUSER • ILUSTRADO POR LINDSEY BURCAR



Chronormu despertó con el primer destello del sol naciente. Bostezó, se desperezó y sonrió ante las maravillas del mundo que también abandonaba el sueño.

Una brisa gélida empujó una nube de copos de nieve al interior de su nido a través del arco abierto que enmarcaba la entrada.

Allí, resguardado en lo alto de la ladera de la montaña, el frío era acogedor, familiar. Chronormu caminó adormilado hasta la cornisa y admiró los interminables campos de nieve y hielo que lo cubrían todo hasta el Templo

del Reposo del Dragón, una majestuosa torre que se alzaba en la distancia. Como si le diera los buenos días, el cielo encapotado se abrió para dejar pasar unos rayos de sol que templaron sus bronceínas escamas.

«¡Es un buen día para ser un dragón!», se dijo a sí mismo, como cada mañana. Sin embargo, algo hizo que se le encogiese el corazón; una molesta sensación de disgusto que le hizo sentirse ligeramente fuera de lugar.

Por el rabillo del ojo advirtió un fulgor en los cielos; pequeño al principio pero más grande cuanto más se aproximaba a su nido otro dragón bronce. Chronormu sonrió al reconocer a su estimada amiga.

—Zidormi, ¡buenos días! ¿Me has traído el desayuno? Por favor, dime que sí. —Solo de pensar en





«Es que no sé cómo voy a elegir cómo me ven los demás si ni siquiera sé cómo me veo yo a mí».



comida, su estómago vacío emitió un gruñido.

La elegante dragona bronce se posó sobre la cornisa con una elegante floritura, sonrió y sacudió alegremente la cabeza.

—No, tonto. He venido a conocer tu decisión. ¡Dime qué forma vas a escoger!

De golpe, el gruñido se convirtió en un nudo. El ceño de Chronormu se arrugó hasta formar una mueca de vergüenza.

Zidormi se quedó boquiabierta.

—¡Chronormu! ¡Quedan menos de dos semanas para tu Día del Rostro! ¿Me estás diciendo que aún no te has decidido por una forma mortal?

La mañana había sido tan fresca, radiante y bella que aquello a Chronormu ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Bueno, sí que se le había pasado por la cabeza, pero no le había prestado atención con la esperanza de que fuera un pensamiento fugaz y lo dejara tranquilo. Y así había sido durante unos maravillosos minutos. Pero solo unos minutos.

Chronormu se dejó caer y bajó su largo cuello para posar la cabeza sobre las garras retraídas.

—Ay, Zidormi, ¡no me aclaro! Hay muchas posibilidades y, cuando creo que ya he tomado una decisión, se me aparece en la mente otra opción distinta. ¿Y si no elijo bien? Por favor, dime qué harías tú.

Zidormi suspiró y dejó que las comisuras de su boca dibujasen una sonrisa reconfortante.

—Los dos sabemos que no puedo elegir por ti. Y aún quedan varias estaciones para que llegue mi Día del Rostro.

Chronormu resopló y de sus fosas nasales brotaron unas columnas de humo pálido.

—Seguro que tú ya sabes qué forma mortal vas a elegir, ¿no?

—No he volado hasta tu nido para hablar de mi elección, Chronormu.

—Pero es verdad, ¿no?

Aparte de un breve resoplido de resignación, Zidormi se ahorró la protesta esta vez.

—A ver, sí, pero...

—¡Lo sabía! —gimoteó Chronormu mientras estiraba el cuello de lado a lado en señal de frustración—.

A ti te resulta muy fácil tomar decisiones. Apuesto a que también sabes qué responsabilidades solicitarás,



a dónde irás, con quién congeniarás, cuándo...

—¡Basta! —gritó Zidormi. Pero, cuando vio brotar unas lágrimas de los anchos ojos verdes de su amigo, suspiró y se acercó para acariciarlo con el morro—. Tranquilo, ya está, querido Chronormu, no te apures.

—Es que no sé cómo voy a elegir cómo me ven los demás —sollozó el joven dragón— si ni siquiera sé cómo me veo yo a mí.

Zidormi respondió con calma y sin levantar la voz:

—Cuando nuestro maestro, el Atemporal, se enfrenta a una decisión complicada, ¿qué crees que hace?

La pregunta consiguió distraer a Chronormu.

—Probablemente les pida consejo a los demás Aspectos.

—Y nuestro maestro es sabio, ¿verdad?

Chronormu asintió solemnemente.

—El más sabio.

Zidormi sonrió

—Entonces, te sugiero que le pidas consejo tú a él. Nozdormu ha ayudado a incontables miembros de nuestro Vuelo a prepararse para su Día del Rostro. Estoy segura de que también lo hará contigo.

Chronormu sintió que se le henchía el corazón de alivio y alegría. Se sentía mucho mejor ahora que tenía un rumbo. Rodeó a su maravillosa amiga con las alas y le dio a Zidormi el abrazo más fuerte que pudo.

—Lo haré, lo prometo. Pero ¿quieres desayunar conmigo antes? ¡Es una conversación demasiado importante como para tenerla con el estómago vacío!



«¡Esta vez voy a hacerlo!».

Chronormu bajó el hocico e inició el enésimo descenso. La enorme extensión helada del Cementerio de Dragones se fue haciendo pequeña paulatinamente mientras Chronormu iba perdiendo de vista los innúmeros riscos escarpados y montículos de huesos a medio enterrar y se aproximaba a la cresta de precipicios bajos que circundaban el Santuario de Dragones Bronce; un lugar sagrado desde donde se sabía que Nozdormu el Atemporal velaba entre dragones fallecidos tiempo atrás.

No obstante, a medida que se acercaba el suelo, crecían también las dudas de Chronormu, así que, en el último momento, volvió a orientar las alas hacia arriba para elevarse en el aire y describió una amplia parábola muy por encima del perímetro del santuario.



Quizá lo mejor fuera posponer la reunión con Nozdormu hasta el día siguiente. Después de todo, se dijo a sí mismo, el Aspecto Bronce era un dragón muy ocupado y seguro que tenía muchos asuntos importantes que atender. Sin embargo, cuando ya casi se había convencido de volar de vuelta a su nido, se le vino a la mente una lección que le había dado su maestro la anterior estación.

«Las arenas del tiempo son abundantes pero valiosas. No desperdicies ni un grano».

Chronormu se sonrojó al recordarlo. Estaba siendo un necio. Los dragones bronce eran los custodios de las líneas temporales. Sabía perfectamente que, cuando el tiempo se pone en marcha, no es propenso a detenerse o ralentizarse solo porque uno lo desee. Tenía dos opciones: prepararse para el Día del Rostro o perder el tiempo.

Por tanto, extendió las alas y dejó que las corrientes de aire lo llevaran suavemente hacia el suelo mientras ignoraba las miradas de soslayo y las risitas de los dracos y los vástagos que jugaban en las afueras del santuario y que habían presenciado sus momentos de indecisión. Chronormu levantó la cabeza, pasó a su lado con fingida confianza y se limitó a asentir con prudencia. «Ellos no estarán menos nerviosos cuando se acerque su Día del Rostro», afirmó para sus adentros.

Mientras recorría el sinuoso camino hacia la cima, Chronormu aspiró hondo y mantuvo el aire en su interior unos instantes para tranquilizarse. El sendero de piedra natural descendió para convertirse en una amplia escalera tallada que llevaba al arenoso valle del santuario. Exhaló al llegar al último peldaño y la siguiente inspiración le resultó extremadamente cálida en el aire bañado de luz dorada de aquel oasis mágico. Era como si se hubiese preservado allí un reducto del pasado, de una época en la que el clima de Rasganorte era soleado y cálido, o como si hubiese salido de un futuro que aún no había llegado. En cualquier caso, era un lugar resplandeciente y maravilloso, una prueba tangible del poder del Atemporal. Y allí estaba Nozdormu, solo en medio del santuario, rodeado por un mar de arena y huesos de dragón. Callado. Contemplativo. Sin duda, tenía la mente centrada en una infinidad de momentos de las líneas temporales.

Chronormu se aproximó lentamente, con la cabeza gacha como muestra de reverencia.

—Maestro Nozdormu, ¿puedo hablar contigo?

—Por supuesto, Chronormu. Ven conmigo a la arena —dijo con una voz que transmitía sabiduría y cercanía al mismo tiempo.

Siempre que Nozdormu se sentaba sobre las arenas, se formaban unos complejos patrones a su alrededor. El otro dragón pisó con cuidado para causar la mínima alteración posible. Chronormu pensaba que aquellos diseños curvilíneos eran más bellos que las mejores obras de arte, en parte por su suma fragilidad. Y, pese a ella, conservaban una forma única hasta en la más diminuta de sus espirales. Chronormu sintió algo de envidia en su interior al percatarse de que la arena parecía más segura de sí misma que él.





Al sentarse frente al Atemporal, lo embargó una sensación de insignificancia. El mero hecho de encontrarse en presencia del líder del Vuelo, que había presenciado tantos momentos trascendentales a lo largo de muchas eras, hacía que el joven dragón se sintiera más pequeño que un grano de arena.

Los dos compartieron un instante de serenidad antes de que Chronormu lo arruinase por completo:

—Maestro Nozdormu, mi Día del Rostro se celebrará muy pronto, como bien sabes. O sea, claro que lo sabes: eres el Atemporal, así que has visto lo que está a punto de ocurrir, lo que ha ocurrido y lo que está por llegar. Pero yo solo soy un joven dragón bronce sin importancia y no tengo ni idea de lo que va a pasar. De hecho, ni siquiera estoy seguro de qué forma elegir. Puesto que conoces el futuro, esperaba que a lo mejor me contaras qué forma elegiré o que forma eligió mi yo del futuro. Ni siquiera es hacer trampas porque tú ya sabes que va a ser así igualmente. Y sí, sé que tienes reglas para este tipo de cosas, pero quizá, solo por esta vez, podrías...

—Chronormu —dijo el dragón ancestral con firmeza, pero no sin tacto.

—¿Sí?

—Respira.

Chronormu inhaló a un ritmo lento y constante. Pensó que, si lo alargaba lo suficiente, quizá se le olvidaría lo avergonzado que estaba.

—Lo siento —dijo en voz baja.

La voz de Nozdormu respondió con un susurro fluido como las vastas arenas:

—No hay dragón bronce pequeño o insignificante. Por favor, cuéntame qué significa el Día del Rostro para ti.

—Es una demostración de que tú y los demás Aspectos confiáis en mí para que adopte la forma de una de las razas mortales y camine entre ellos. Y, cuanto mejor me identifique con ellos, mejor podré ayudar a que nos comprendan a los dragones. Por eso es tan importante escoger el rostro adecuado. Quiero que me vean por quien de verdad soy, no por las escamas y los colmillos que tengo.

Nozdormu asintió con su enorme cabeza bronceada y, con un pausado pestañeo, toda su forma quedó envuelta en una nube de radiante magia dorada. Al cabo de pocos instantes, la nube se hizo cada vez más pequeña hasta que desapareció dejando atrás no la gigantesca silueta de un dragón, sino la forma de un elfo noble de barba castaña.

Incluso en aquella forma, el Atemporal conservaba su elegancia y austeridad. Tenía aires de rey ancestral, con un porte regio que rezumaba confianza y sabiduría. La armadura mortal que llevaba tenía escamas de bronce incrustadas y un espaldar con forma de cabeza de dragón sobre el hombro derecho que contenía un vial de cristal cuya arena no dejaba nunca de fluir.

Chronormu quedó sobrecogido, seguro de que jamás podría adoptar una forma tan noble.

El elfo hizo un gesto y las arenas bajo sus pies comenzaron a moverse de nuevo.



—Desde que los Aspectos supimos que nuestra especie estaba destinada a compartir Azeroth con las razas jóvenes, todos hemos adoptado un rostro que nos permita ver el mundo desde su prisma. Pero tan importante como esto es el hecho de que determina cómo nos ven ellos. ¿Deseas que te vean como un sabio en quien pueden confiar? ¿Un tirano al que temer? ¿Distante y frío, o cercano y generoso? Esta elección es sumamente personal y revela mucho sobre tu identidad como dragón. Así que no, no te voy a decir nada que pueda influir en tu decisión.

Chronormu suspiró.

—Entiendo —dijo con total sinceridad. Sin embargo, aún lo inquietaba la incertidumbre sobre la elección de una forma mortal y, al mismo tiempo, sobre quién era como dragón.

—En lugar de eso, te ofrezco un consejo —prosiguió Nozdormu—. Acude a otros que ya eligieron su forma. No solo amigos, sino también dragones a quienes no conozcas aún. Aunque te den miedo. Escucha las verdades que encauzaron sus decisiones y puede que así se revele tu propia senda.

—Gracias, maestro. Haré lo que sugieres.

No era la respuesta sencilla que Chronormu anhelaba, pero sí una buena respuesta.

—Las arenas te guiarán, joven —sentenció Nozdormu antes de sentarse a la cálida luz dorada y volver con sus pensamientos.

Mientras Chronormu retrocedía hacia las escaleras, se detuvo para observar cómo meditaba el Atemporal. Aún con su apariencia mortal, se había sentado en la profunda marca que había dejado en la arena su forma de dragón. Chronormu tuvo la sensación de que no importaba cómo se presentara físicamente el Aspecto: ocupaba todo aquel espacio en la arena igualmente.

Mientras el joven dragón bronce alzaba el vuelo, comenzó a formarse una idea en su cabeza.



Chronormu voló alto y rápido hacia una distante neblina azul en el cielo occidental mientras los gélidos terrenos del Cementerio de Dragones daban paso a los campos de géiseres llenos de vapor y a los arbustos de color del óxido de la ondulante tundra. Poco a poco, el brillo se fue volviendo más intenso y definido hasta formar un faro de luz que parecía atravesar el mismo cielo. Ascendió aún más hacia los elevados precipicios de piedra irregular que rodeaban Gelidar, el bastión del Vuelo Azul.

El joven dragón coronó las elevadas cumbres y contempló impresionado el Nexo, una enorme torre de anillos flotantes en torno a un grueso pilar de energía Arcana. Chronormu había oído historias sobre las maravillas que contenía aquel fuerte: artefactos antiguos que los mismísimos titanes les habían confiado a los Aspectos. Varias patrullas de grandes dragones azules volaban alrededor de la estructura trazando curvas sincronizadas con una precisión fruto del entrenamiento.



Para no interrumpir a los elegantes dragones azules, Chronormu descendió planeando y decidió aterrizar sobre una cresta con vistas a unos campos de nieve salpicados de grupitos de altos pinos. El aire estaba impregnado de luz morada y en los oídos del dragón bronce resonaban con suavidad los chisporroteos de la magia Arcana. Había dracos y dragones creando descargas de energía para perfeccionar la destreza mágica por la que era conocido su Vuelo.

Chronormu vislumbró un dragón azur que volaba hacia él desde lo más alto del Nexo. Con una elegancia casi regia, el dragón se posó con tal suavidad que apenas perturbó la tierra bajo sus garras.

—Tú debes de ser Chronormu —dijo con un cortés movimiento de cabeza—. Yo soy Kalecgos. Es un honor conocerte.

El dragón bronce le devolvió el gesto con la cabeza.

—¡Encantado, Kalecgos! Zidormi habla muy bien de ti. Gracias por recibirme. Se nota que estás muy ocupado.

Kalecgos sonrió. Había algo en él que transmitía calma y dulzura.

—Mi maestro, Malygos, espera que los miembros de nuestro Vuelo entrenen sin descanso. Pero yo siempre puedo encontrar un hueco para hacerle un favor a una amiga. Zidormi me ha informado de que buscas orientación en relación con tu Día del Rostro.

Chronormu asintió con gesto sobrio.

—Así es, y está a la vuelta de la esquina. No consigo decidir qué forma mortal representa mejor quién soy. Acudí a mi propio maestro y me sugirió que conversara con otros que ya tomaron la decisión. Si no te importa que te lo pregunte, Kalecgos, ¿cómo elegiste tu forma?

El dragón azul cerró los ojos y susurró un conjuro. Kalecgos quedó rodeado por unos remolinos de magia Arcana mientras adoptaba su aspecto mortal. Una vez completada la transformación, Chronormu permaneció sumido en un silencio cortés.

—¿Qué opinas de mi elección? —preguntó una criatura menuda de pelo azul que lo mismo podía ser un humano que un elfo. Fuese lo que fuese, Kalecgos llevaba una sencilla camisa blanca remetida por dentro de unos vulgares pantalones marrones con botas a juego. Para ser una transformación tan sofisticada, el resultado era bastante mundano.

—¡Una forma de lo más exquisita! —exclamó Chronormu tratando de hacer pasar su confusión por entusiasmo.

Kalecgos soltó una risita.

—Sé sincero, mi joven amigo. No es lo que esperabas, ¿me equivoco?

El dragón bronce se sonrojó.

—Es que..., sabiendo la conexión con la magia que tenéis los dragones azules y habiendo visto un par de veces a Malygos en su refinada forma mortal, supongo que esperaba algo un poco más...



—¿Majestuoso? No pasa nada, Chronormu. De verdad. —Su amable sonrisa tranquilizó al dragón bronce—. Es más, ese contraste con otros miembros de mi Vuelo es precisamente el motivo por el que opté por esta forma.

Chronormu parpadeó una vez. Y luego una segunda.

—No lo entiendo.

—Bueno —respondió el dragón azul—, puede haber muchas razones por las que seleccionar una forma concreta. Los Aspectos inspiran respeto entre nuestros Vuelos y también entre los mortales, así que sus apariencias cumplen una función necesaria. Deben ser complejas y formales porque es justo lo que esperamos de ellas. ¿Verdad?

Tenía sentido. El dragón bronce asintió.

—Aunque muchos miembros de mi Vuelo siguen el ejemplo de los Aspectos, yo pretendo caminar entre los mortales como un igual. Escogí un rostro mitad humano, mitad elfo: una mezcla de mundos mortales, pues mi intención es ser una mezcla de nuestro mundo con el suyo. No quería que mi apariencia les recordase a un dragón, sino que me viesen como un amigo, un compañero, alguien en quien pueden confiar. Diría que esa idea fue la que conformó mi elección y mi identidad, Chronormu: opté por ser accesible.

Tenía mucho sentido.

—¿Y el pelo azul?

Kalecgos se encogió de hombros.

—Me queda bien.

—Entiendo —respondió Chronormu—. Gracias por tener esta conversación conmigo, Kalecgos. Has sido mucho más amable de lo que me adelantó Zidormi.

El medio elfo esbozó una sonrisa.

—Ha sido un placer. ¿Me permites dos sugerencias más antes de que te marches?

—¡Por supuesto! —respondió Chronormu con los ojos abiertos de par en par.

—En primer lugar, me he percatado de que los nombres de dragones pueden sonar demasiado formales para los mortales. Si eliges caminar junto a ellos como aliado, te propongo que pienses en un... Ay, ¿cómo lo llaman?... Un apodo. Yo, por ejemplo, cuando estoy con mortales, me hago llamar Kalec.

—¿En serio? La verdad es que me gusta la idea. Lo meditaré. ¿Cuál es la otra sugerencia?

Kalecgos enarcó una ceja.

—Te he ofrecido un consejo basado en mi manera de ver las cosas. Pero otros dragones se ven a sí mismos y sus interacciones con los mortales de un modo bastante distinto. Te sugiero que recurras a la sabiduría de alguien cuya perspectiva sea distinta a la mía.

Chronormu sabía que era un buen consejo. Pensó en otros dragones que le habían causado impresión e



intentó imaginar uno que fuese tan diferente de Kalecgos como fuera posible. Cuando se le ocurrió un nombre, su semblante despreocupado cobró mayor gravedad.

—Parece que ya sabes a quién vas a visitar a continuación —dijo el medio elfo mientras se acariciaba el mentón.

El bronce soltó un suspiro.

—Pues sí.



El dracónido de escamas oscuras caminó hacia Chronormu arrastrando las patas antes de hablar con una voz que recordaba a un gruñido áspero y grave:

—Mi señora va a recibirte. Sígueme.

El dragón bronce se sentía totalmente fuera de lugar y tragó saliva. Los dracónidos eran una fornida raza bípeda creada por sus amos para ser leales y serviciales. Nunca antes lo había asustado ninguno de ellos. Pero allí, en aquellas cavernas con una atmósfera cargada de ceniza y resguardadas en un rincón sombrío del Cementerio de Dragones, el joven dragón sentía un miedo muy tangible.

Cuando el negro dracónido se volvió para conducirlo hacia la amplia boca de uno de los túneles que llevaban al interior de la ladera del volcán, el miedo de Chronormu se convirtió en compasión. La criatura parecía agotada, demacrada y arrastraba ligeramente una de las patas.

«¿Por qué no lo cura su señora?», se preguntó el dragón bronce. Las únicas razones que se le pasaron por la cabeza eran, como mínimo, perturbadoras. Mientras caminaba junto al renqueante dracónido, vio criaturas similares que bregaban cerca de estanques de hirviendo lava o tiraban de pesadas carretillas repletas de minerales; todos ellos parecían estresados y desaliñados. En aquel lugar no había alegría ni felicidad, solo obediencia.

El túnel desembocó en una enorme cámara iluminada por unos braseros llameantes y arroyos de lava que desembocaban en estanques ígneos. Había más dracónidos desperdigados por allí: algunos estaban trabajando mientras otros hacían las veces de ayudantes de dracos obsidiana que practicaban con ellos su pericia marcial. Los jóvenes dragones atacaban sin piedad y, al verlo, Chronormu comprendió de por qué tantos sirvientes parecían heridos.

«El Vuelo Negro practica la mejor manera de infligir dolor». Solo de pensarlo, el corazón se le llenó de lástima y pesar.

Chronormu caminaba con lentitud para no adelantar a su guía. El túnel serpenteaba entre salientes de piedra dentada que parecían dientes de dragón torcidos hasta llegar a una cueva donde el aire resultaba cada vez más denso y viciado. El joven dragón bronce se sintió atrapado bajo unas aguas pesadas y



oscuras, y hubo de reprimir el instinto de huir.

«Estás a salvo, Chronormu. Estás con los tuyos. No hay motivo para tener miedo». Pero sabía que tratar de convencerse de algo no era lo mismo que creerlo de verdad.

En el centro de la cueva, sobre una isla de piedra oscura, estaba posada una gran dragona negra. Tenía un aire imponente, dominante. Estiraba su enorme cabeza de un lado a otro para asegurarse de que nadie que estuviese a su cargo eludiese sus obligaciones y, al hacerlo, la superficie pulida de sus curvados cuernos reflejaba la luz de las llamas. El dracónido llevó al invitado bronce por una estrecha pasarela de obsidiana que zigzagueaba hacia la dragona negra. Chronormu aflojó el paso a medida que se acercaba, embargado por la reverencia y el miedo.

—Señora, traigo al forastero que solicitaba una audiencia.

El sirviente se había postrado tanto que estaba prácticamente tumbado sobre la roca. La dragona se volvió y dirigió al dracónido una penetrante mirada amarilla. Al cabo de unos instantes, los mismos ojos se clavaron como pupilas felinas en Chronormu.

El dragón bronce trató de saludar de manera educada, pero solo consiguió trabarse.

—Ho-hola, mi señora. Gracias por...

—¿Así es como muestras respeto a la hija de un Aspecto? —respondió la dragona con voz firme y exigente.

El joven dragón se arrodilló e inclinó aún más la cabeza.

—Mis disculpas. Gracias por recibirme, lady Onyxia.

Sus palabras parecieron satisfacer a la dragona.

—Puedes incorporararte y presentarte.

—Soy Chronormu. Traigo saludos de parte del Vuelo Bronce y los mejores deseos del Atemporal.

—Se irguió como le había ordenado su anfitriona, aunque consciente de que le temblaban las patas.

—Espero que no hayas venido hasta aquí para escupir tópicos triviales, dragoncito —respondió ella casi sin pestañear—. Dime lo que buscas.

—Tu consejo, mi señora —dijo Chronormu en voz baja y con la boca seca de repente.

—Ah, ¿sí? —Mientras lo decía, su actitud cambió y su postura se tornó más relajada, aunque el joven dragón no sabía si por interés real o por pura diversión—. Adelante.

Chronormu tomó aire. Se había preparado una extensa explicación con pinceladas de respeto y humor, pero, incluso con la aparente benevolencia de Onyxia, no quería permanecer en aquellas cavernas sepulcrales más tiempo del necesario.

—Se aproxima mi Día del Rostro y no estoy seguro de saber qué forma adoptar. Esperaba que me contases cómo te decidiste tú por la tuya.

La dragona negra permaneció inmóvil durante un instante largo e incómodo y rompió el silencio





«Escúchame bien, pequeño: eres un dragón, un cazador con garras para destrozar y dientes para matar. Ningún rostro puede cambiar eso».



con una pregunta:

—¿Por qué elegimos un rostro? —preguntó.

—Para acercarnos más a las razas mortales —respondió el bronce—. Para ser accesibles y comunicarnos con ellas.

Onyxia soltó un resoplido que hizo brotar sendas columnas de humo oscuro de sus fosas nasales.

—Eso es lo típico que Nozdormu les enseñaría a sus crías. No, pequeño. Elegimos un rostro que nos permita controlarlas.

La gran dragona negra extendió las alas y se irguió sobre sus patas traseras. Chronormu se quedó con la boca abierta: la forma de Onyxia parecía ocupar la totalidad de la enorme cámara. Aguantó la pose durante un momento y luego recogió las alas con tanta fuerza que una nube de ceniza se abalanzó sobre su invitado. El dragón bronce tosió varias veces con los ojos escocidos por el hollín. Cuando por fin consiguió frenar las lágrimas, Onyxia ya no mostraba su forma de dragón, sino el aspecto de una mujer humana de pelo azabache y elegantes vestiduras.

—De todas las razas mortales, los humanos suponen la mayor amenaza para los dragónicos —dijo—. No son ni los más fuertes ni los más inteligentes, pero sí los más incansables. Son bastante astutos, pero también vanidosos y es fácil subyugarlos por medio de la adulación. Escogí una forma que les acelerase el pulso y me permitiese obtener todo lo que deseo de ellos. Escúchame bien, pequeño: eres un dragón, un cazador con garras para destrozar y dientes para matar. Ningún rostro puede cambiar eso. Y, al igual que tus otros dones, tu rostro será una herramienta para conseguir lo que quieres.

Chronormu se sentía como si le hubiesen sacado el aire de los pulmones. No sabía exactamente qué decir.

—No es... No es así como quiero que me vean los mortales.

En los labios humanos de Onyxia afloró la más leve de las sonrisas. Se aproximó a Chronormu y le acarició el cuello bronceado con manos de porcelana.

—No puedes cambiar tu naturaleza, dragoncito —dijo con voz lenta y parsimoniosa—. Si te quedas aquí conmigo, te enseñaré todo lo que necesitas saber sobre los mortales. Si eliges la forma ideal y dejas que yo te instruya, te convertirás en el mayor dragón de tu Vuelo. Hasta el Atemporal se postrará



un día ante ti.

El joven dragón sintió que sus crueles palabras le revolvían el estómago y, al mismo tiempo, comprendió que solo estaba jugando con él. Dio un paso atrás para alejarse de su cautivadora presencia.

—Es una oferta muy... generosa, lady Onyxia. Ya he aprendido mucho de ti, me parece. Pero debo marcharme.

La risa de la mujer resonó con la misma fuerza que cuando hablaba en forma de dragón.

—Es una lástima que no tengas la osadía de aceptar la verdad, pequeño. Siempre serás diminuto e insignificante. Traba amistad con mortales y un día acabarán contigo.

Chronormu no esperó a que lo acompañasen. Se giró y escapó de allí con la esperanza de recordar qué túnel lo llevaría de vuelta al aire libre. Unas carcajadas que resonaban por toda la cámara lo persiguieron mientras recorría a toda prisa los pasadizos de piedra oscura. Solo aminoró la velocidad cuando por fin logró escapar de las garras de aquellas cavernas y pudo volver a respirar el fresco aire de la noche.

Aterrizó y se hundió en un gran montículo de nieve en polvo reciente que le limpió el hollín de las escamas. Los ojos se le llenaron de lágrimas; lágrimas de pesar, miedo y alivio. Nunca se había sentido tan mal por ser un dragón como en aquella cueva. Sin embargo, fuera la que fuese la intención de lady Onyxia, había aprendido algo de ella.

—Ya sé lo que quiero ser —dijo en voz alta y, aunque los labios le temblaban, en su corazón había firmeza y determinación.



«Quédate quieto. ¡No te muevas! ¡No andes de un lado a otro!».

«¡La ceremonia va a empezar dentro de poco!».

La mente de Chronormu era un hervidero de pensamientos y sensaciones. Parecía que tuviera la barriga llena de crías inquietas jugando y correteando. Por fin había llegado su Día del Rostro.

La tradición establecía que la ceremonia se celebrase en la cúspide del Templo del Reposo del Dragón, la gigantesca torre de piedra grisácea desde la que los Aspectos podían observar todo el Cementerio de Dragones. Se había imaginado que acudiría Nozdormu, como miembros de su Vuelo que era, pero, cuando Chronormu se enteró de que la mismísima reina de dragones presidiría la ceremonia, estuvo a punto de desmayarse en el sitio.

«¡Alexstrasza! ¡En mi Día del Rostro!». Aquel pensamiento no contribuyó a apaciguar a las crías de su barriga.

Así que, para aplacarlas, miró a quienes ya estaban allí reunidos, a su alrededor. Su estimada Zidormi



había llegado temprano, claro, y había intentado por todos los medios ayudarlo a quitarle los nervios. El Vuelo Bronce era el más representado, con muchas caras familiares que Chronormu conocía de toda la vida. Cada Vuelo había enviado emisarios, como era costumbre. Había dragones rojos, dragones verdes y dragones azules. Hasta lady Onyxia había acudido acompañada de todo su séquito, a pesar de que era patente que su Vuelo no contaba con el aprecio de los demás. Nozdormu miraba a lo lejos, inmóvil, a la espera de que llegase el momento indicado.

—Hola otra vez, Chronormu.

El joven dragón bronce estaba tan absorto en sus pensamientos que no había notado la presencia del afable dragón azul a su lado.

—¡Kalecgos! ¡Qué alegría tan grande volver a verte! Gracias por venir. —Chronormu sintió tal oleada de alegría y alivio que le dio un enorme y cariñoso abrazo al dragón azul. Era poco ortodoxo, pero al menos sirvió para tranquilizar su mente inquieta durante unos instantes.

—No se me ocurriría perderme —respondió con una sonrisa—. Estoy deseando ver tu proclamación.

«Mi proclamación». Chronormu había recitado las palabras en voz alta cientos de veces para sí mismo, por no hablar de los detalles del hechizo de rostro, pero, aun así, tenía la certeza de que metería la pata delante de todo el mundo, incluida la reina de dragones. Esbozó una sonrisa y soltó una torpe risita mientras contenía las ganas de desaparecer.

—Es la hora —anunció Nozdormu simple y llanamente, pero sus palabras resonaron por encima de la cháchara de los presentes.

Los demás dragones se situaron en la periferia de la cámara abierta, mientras que Chronormu permanecía en el centro, frente al Atemporal. Se había hecho el silencio y el joven dragón bronce sintió un repentino ataque de pánico. «¿Están esperando a que yo diga algo? ¿Qué toca ahora?».

Como si fuera la respuesta a su pregunta, una vasta sombra bloqueó la fulgurante luz verde que entraba por arriba mientras la reina de dragones descendía lenta y elegantemente desde el cielo para situarse junto a Nozdormu. Chronormu había visto a Alexstrasza desde lejos muchas veces. De cerca, la Protectora era un auténtico espectáculo con sus escamas carmesíes y sus grandes cuernos adornados de oro, pero eran su cordialidad y su compasión lo que realmente admiraba el joven dragón.

—Adelante, Chronormu el Bronce —dijo la dragona con voz cantarina.

El joven dragón avanzó a paso medido. La frialdad de la piedra era un alivio para sus nerviosas garras. Se detuvo justo antes de alcanzar a los dos Aspectos.

Alexstrasza se acercó a él y, en voz baja para que solo Chronormu pudiera oírlo, dijo:

—Me han contado que tenías dudas sobre tu decisión, joven. Si lo deseas, puedo posponer la ceremonia para otro momento —dijo con una amable sonrisa—. Debes saber que solo quiero lo mejor para ti, hijo mío.



Chronormu asintió, sin saber si alguna vez se había sentido tan comprendido, tan querido.

—Estoy listo, mi reina. Y sería el mayor honor de mi vida que continuases con la ceremonia.

Alexstrasza respondió con un gesto de cabeza antes de elevar la voz para dirigirse a todos los invitados:

—Han pasado muchas eras desde que los dragones bajamos la vista por primera vez para observar desde nuestros nidos a las jóvenes razas mortales que empezaban a repartirse por Azeroth. Tras ver que sus aldeas se convertían en ciudades y sus ciudades se convertían en reinos, las líneas temporales nos revelaron que debíamos hallar el modo de vivir junto a ellas. Así es como decidimos que adoptaríamos una forma que nos permitiese caminar libremente entre los suyos para ver el mundo desde su perspectiva.

La Protectora se volvió hacia el pequeño dragón que tenía delante.

—Y ahora, Chronormu el Bronce, en honor a tu Día del Rostro, quienes ya escogimos una forma la vamos a adoptar.

Tras pronunciar aquellas palabras, hizo un gesto al que muchos de los presentes, incluida la propia reina, respondieron transformándose en sus aspectos mortales. Alexstrasza era una hermosa elfa noble de pelo escarlata y ornatos dorados en los cuernos. Nozdormu se presentó una vez más con su austera forma élfica. Al mirar a su alrededor, Chronormu vio los rostros sonrientes de humanos, elfos de la noche, tauren y otras razas mortales. Era un espectáculo asombroso e imponente.

Las palabras de la reina captaron de nuevo su atención.

—Ha llegado la hora, Chronormu. Mira a los tuyos y completa tu proclamación.

El joven dragón bronce tragó saliva y bajó la cabeza ante Alexstrasza en señal de agradecimiento. Luego se volvió hacia quienes lo acompañaban en aquel día tan especial y comenzó a decir las palabras que había practicado.

—Queridos amigos y honorables semejantes: me conmueve mirar alrededor y ver a todos aquellos que me habéis apoyado durante toda mi vida, que me habéis guiado en los momentos difíciles y que habéis compartido mis alegrías y mis penas. Sé que probablemente no siempre haya sido fácil —dijo mientras lanzaba una mirada avergonzada a Zidormi—, pero nunca me abandonasteis. Y por eso os doy las gracias. Muchos de vosotros sabéis que esto no ha sido... no ha sido... —tartamudeó, con la cabeza llena de dudas.

Miró a Nozdormu pensando que vería una mirada severa, pero solo encontró orgullo. Miró a Alexstrasza pensando que vería lástima, pero solo encontró empatía. Contempló a los demás dragones y en sus ojos encontró simpatía y cariño.

Chronormu dejó a un lado el discurso que había practicado y habló con el corazón.

—No ha sido fácil tomar esta decisión. Durante mucho tiempo, pensé que me pasaba algo porque parecía que, para todos los demás, la decisión había sido el resultado de un proceso natural. Así que les pedí consejo a mis amigos, a mis honorables maestros y a algunos dragones... —Miró directamente a lady



Onyxia sin inmutarse—. Bueno, a algunos dragones que quizá no eran mis amigos, pero que también me enseñaron cosas. Y por fin entendí lo que de verdad significaba esta decisión.

—No solo se trata de cómo queremos que nos perciban los demás, sino también de cómo nos vemos a nosotros mismos y cómo vivimos este mundo junto a quienes lo comparten con nosotros. Me he dado di cuenta de que no quiero mirar a Azeroth o a los mortales que lo habitan con los ojos de un héroe o un conquistador. Quiero verlo como los más pequeños de ellos, pero también los más optimistas. Quiero ser alguien que pueda aportar todo lo posible para construir un futuro mejor... ¡sin dejar de respetar las leyes de las líneas temporales, claro está! —Miró a Nozdormu, asintió rápidamente y el Atemporal respondió con una sonrisa.

—Así pues, mi proclamación es... —Chronormu cerró los ojos y susurró las palabras del conjuro que definiría su forma mortal. La magia bronce lo fue envolviendo hasta que su forma de dragón desapareció en el interior de la nube brillante.

Entonces, la nube se disipó de repente y frente a los dos Aspectos y todos sus queridos amigos apareció una diminuta gnomia con una túnica blanca adornada de oro.

—¡Hola! ¡Podéis llamarme Cromi! —exclamó.

Todos los asistentes la vitorearon y la reina de los dragones le dirigió una sonrisa que llenó de felicidad a la pequeña gnomia.

—Es un placer conocerte, Cromi —dijo Alexstrasza—. Bienvenida a tu hogar.

Zidormi fue la primera en abrazar a su querida amiga, aunque con todo el cuidado del mundo para no lastimar el cuerpecito de Cromi. Nozdormu le dijo que había tomado una sabia decisión, aunque se negó a confesar si sabía desde el principio cuál iba a ser. Lady Onyxia no dijo nada, pero, antes de abandonar la celebración, le obsequió un levisimo gesto con la cabeza que Cromi decidió interpretar como señal de aceptación.

Kalec, todavía con su apariencia

—Acudiste a mí y a otros en busca de consejo. ¿Por qué me da la sensación de que somos nosotros quienes hemos aprendido una lección?

Cromi soltó una risita.

—Tal vez todos tengamos cosas que enseñarnos.

El dragón azul asintió.

—Creo que entiendo por qué has elegido adoptar la forma de un gnomio. Pero, si no te importa que te lo pregunte, ¿por qué una mujer?

Cromi sonrió

—Me queda bien —dijo antes de compartir un largo abrazo de alegría con Kalec.

Y, así, un día glorioso desembocó en una tarde gloriosa. Los dragones bailaron, comieron y cantaron



viejas canciones, y la joven dragona bronce se fue a dormir aquella noche sintiéndose más completa y más feliz que nunca.

A la mañana siguiente, Cromi despertó con el primer destello del sol naciente. Bostezó, se desperezó y sonrió ante las maravillas del mundo que también abandonaba el sueño.

